

EL PEREGRINO DE RANDA

INDUDABLEMENTE LO CREO. Como artículo de fe. De esa fe que tanto te perturbó. Estabas tocado por el aliento divino de la locura. ¿Cómo si no entenderte?

ANGELINA MUÑIZ

Ramón, hijo de Remón y de la condesa de Eril, a la edad de cuarenta años, de acuerdo con su legítima mujer doña Blanca de Picany y de la descendencia habida en el matrimonio, en poder de lucidez, se despojó de sus riquezas y posesiones, de sus bienes y enseres, de su palacio y tierras, de sus lujosos atuendos, jubones y camisas de fina tela, capas de lana y borcegueses de piel de venado, cadenas y broches de metal precioso, de sus alazanes de pura sangre árabe, de sus perros de caza, de sus aves de cetrería, halcones en alcándaras, águilas en alto vuelo, azores sobre el guantelete. Las onzas de oro repartiólas entre los pobres y los tullidos y los menesterosos. Y los abandonados y los desahuciados y los olvidados. Los sin vista y los sin habla. Los sin razón y los sin amor. Los que se arrastran y los insensibles. Los que habean y los manchados de lepra. A los que se escupe y a los que se pisa. Los que estorban y se empuja fuera del camino.

Lo entregó todo: uno por uno sus bienes y enseres, sus riquezas y posesiones. Su delicado atavío de senescal del rey cambiólo por el burdo hábito del mendigo más cercano. Se despidió de todos y uno por uno los fue abrazando y recibiendo su musitada bendición.

Tomó el cayado del ermitaño y no volvió la vista atrás ni para recoger la mirada azorada de sus hijos, ni la indefinible de doña Blanca.

Emprendió el camino de la monataña. Hacia Randa. Entre las piedras, el polvo fino se desbarataba y los pies del peregrino en un ágil alterno levantar, apenas podría decirse que dejan huella en lo caduco. Tampoco el cayado pareciera dar apoyo a lo percedero ni el sol de la mañana dorar lo desmoronable.

No es que un aura lo entornara. No es que el viento marcara frontera. O que el silencio lograra encarnarse.

Para quienes lo veían en los surcos de terroría, podría parecer una figura de pasión rumbo al lugar del encuentro. Podría significar el sonido de una voz interna. Un cántico que rebota en el columnado catedralicio.

Pero apenas si alcanzaban a distinguir su forma corpórea: el pilar que da sustento a los dos pilares; la cabeza corona; o los brazos compás.

Y no alcanzaban a distinguir su forma corpórea porque ésta ya no era importante. Se había desprendido en esencias, en éter o en brillo de estrella, para algunos. Y para otros, en abstracciones, en fórmulas, en eslabones de la homérica cadena.

Si en su empeño por verlo se acercaban, comprenderían, por un rayo visual, que no era necesario inquirirle ni demandarle. Con dejarle la vía franca era suficiente. Que la mano en signo de despedida, era la despedida de este mundo.

Si los ojos de Ramón no contemplan el prado ame-

no, ni los oídos se deleitan en la fuente cantarina, es porque la transparencia del alma todo lo envuelve. El paisaje para él se ha diluido. Aunque le fuera descrito él no habría de advertirlo.

Por ello, puede describirse el paisaje, pese a que el peregrino no lo vaya sintiendo.

El paisaje macizo que bordea con rocas espesas y desde lo alto la línea no mantenida espuma-arena. El verdor que va cayendo y colgando hacia el precipicio marino. Las oquedades y las lisuras. El vuelo de un ave pescadora —o campesina. Su chillido. Tal vez la vela aventurera de una embarcación encantada, en el horizonte agua-cielo. Y al costado derecho la alta pared, aún por escalar. A ratos lo calcáreo rosa, a ratos lo calcáreo dorado.

(Los grados de la escala pueden pensarse en este momento. Y entonces el paisaje sí penetraría en Ramón. O será después.)

El ascenso va distanciando el rizado blanco del agua y uniendo el rizado blanco de la nube. Nube enganchada en la punta negra rocosa. Blanca y randa.

En Randa.

En lo más apartado del monte. En los vericuentos. En el laberinto. En lo troncoso oculto. En el ramaje y las lianas. En los helechos y las frondas. En el tragaluz de las hojas. En la celosía lanzada al suelo.

Antes de la revelación.

Ramón repasa su vida.

Su vida que después habrá de dictar a los monjes y que la leyenda transformará. Que se multiplicará en versiones, que se agregará y quitará, que se cambiará y se revolverá. Por ahora recuerda su primera conversión o lo que se contó que fue su primera conversión. Que muy bien pudo haber sido. O no haber sido.

Dado en su juventud a los placeres y a las desobligaciones, a las rupturas y a las desigualdades, al desafecto y a la luxuria, a profanar y a blasfemar, a enamorar damas casadas, a trotar su caballo en el atrio de la iglesia, a carcajear desatentadamente. Hasta el día en que la dama que más amaba lo llevó al interior de su recámara y desnuda ante él le mostró sus senos carcomidos por el cáncer, reventados, surcados de cicatrices y llagas, supurantes, resquebrajados, torturados, de colores y olores desvaídos.

Imposible olvidar.

O bien: tratando de dictar una trovas para la bienamada, la figura en la cruz se le aparecía una y otra vez.

O bien: el hastío lo llevó a meditar y al meditar, desear huir a la soledad. Y de la soledad, el primer grado de la iluminación.

Imposible decidir.

Versiones van y vienen. Capitulaciones. Ramón repasa. Ramón no quiso de niño aprender las letras. No

quiso escribir ni leer. Hasta que otra revelación no se lo exigiera: que habría de adquirir ciencia y gramática, que habría de componer libros de inspiración divina y que habría de convertirse en caballero de Dios y en fundador infatigable de monasterios.

Estudios van y vienen. Caídas. Ramón repasa. Si había logrado abandonar las superficies, no así dominaba su carácter y habría de conocer la pasión del crimen. Ese moro de quien aprendió la lengua arábiga porque quería convertir a los infieles y al que golpeó sañudamente cuando supo que había blasfemado. Y el moro quiso matarlo y él al moro. Y su rabia y su furia no lograron calmarse y luego de un apartamiento, el moro se hubo de suicidar.

Viajes van y viene. Peregrinaciones. Desasimientos. Dádivas. Entregas. Renunciamentos.

Sólo le queda el camino de Randa.

En lo alto de la montaña.

En Randa.

En lo más apartado del monte. En los vericuetos. En el laberinto. En lo troncoso oculto. En el ramaje y las lianas. En los helechos y las frondas. En el tragaluz de las hojas. En la celosía lanzada al suelo.

Ramón recibe la revelación.

Siete días ha tardado. Siete días ha esperado. Y al octavo ha sido.

El primer día fue para amar piedra y tierra. Cada piedra y cada grano de tierra. Arrodillado, fue acariciando suavemente y sintiendo y sopesando el mundo a sus pies. Desmoronó el polvo entre los dedos y alzó los guijarros pulidos para besarlos. Durmió sobre la roca y bebió agua de la que corría por una cañada.

El segundo día fue para amar cada planta y cada flor, cada hoja y cada árbol. No solamente los fue palpando en su piel, no solamente reconoció cada aroma, no solamente distinguió cada matiz de color: Todo lo fundió en una única impresión que le borró formas y fronteras y le mezcló coloridos y esencias y entre un manchón de perfume envolvente, rodó al suelo y permaneció sin conocimiento hasta que se puso el sol.

El tercer día fue para amar todo animal creado por Dios. Desde el ave, libre y en alto vuelo, hasta el mínimo insecto, apegado y terrero. Invocó al lobo y al león y puso su mano sobre sus cabezas cuando ellos se inclinaron ante él.

El cuarto día fue para meditar. Descubrió que su razón le permitía ordenar y comprender la armonía del mundo. Elevó los ojos al cielo y supo cuál era el verdadero tamaño del hombre. Esa noche no durmió por contemplar las constelaciones, los doce signos y los múltiples astros. Las preguntas que se hizo no todas se las pudo responder.

El quinto día conoció el palacio de cristal. Entró en el círculo diáfano y luego en el siguiente y luego en el siguiente, hasta llegar al punto de su concentración. Una vez alcanzado el centro la transparencia fue absoluta y el único elemento, el aire. Así fue como se transmitió el sonido del cristal.

El sexto día, en medio de una luz fulgurante, se le representó la gloria de los ángeles. Que no era otra cosa sino la esencia de cada cualidad: la bondad, la grandeza, la duración, el poder, la sabiduría, la justicia, la voluntad, el amor.

El séptimo día, despojado del rigor, del orgullo y de las ataduras, ascendió el último escalón. Se borró su conciencia y su alma giró en el vértigo cósmico. El soplo divino refrescó y calmó. Ramón podía oír la palabra de Dios.

Y fue en el octavo día cuando supo cuál habría de ser su obra. Doblar el arco del silencio. No empeñarse en aberrante lucha por convertir a los infieles, como dijeron los demás. Sino en trasladar el mundo que le bullía por dentro a esos signos y símbolos que tuvo que memorizar bien. Escribir tantos y tantos libros de maravillas e ingenios, de artes mayores y árboles ejemplificales, de encantos y conjuros, de ciencias y saberes.

La voz que venía de lo alto o que venía de dentro, le impulsaba, allí en Randa, a tomar la pluma, la hoja, el libro y los caminos con sus fuentes y los ríos con sus arboledas, y los inviernos con sus copos de nieve. A refugiarse en el monasterio, ante el pupitre de la biblioteca. A llenar pliegos y pliegos.

Descubrió Ramón el arte de escribir y ya no pudo parar. Todo fue una transformación, una crisálida de la palabra y de la imaginación. Lo demás, los actos externos, fueron el recubrimiento del interno desbordar. Tuvo que caminar mucho y viajar de un extremo al otro del mar entre tierras, sufrir burlas, descrecimientos, persecuciones. Nadie apoyaba su idea de conversión de los infieles, su cruzada de hombre único, su desesperación y su impaciencia.

Y después de cada derrota, de cada enfermedad, de cada prisión y de cada apaleamiento, regresaba a escribir. Y escribía, y escribía, y apilaba hojas de negro sobre blanco: novelas de caballerías, libros de maravillas, tratados de astronomía, artes de la memoria, obras científicas y prodigiosas, poemas de amigos y amantes, cantos de desconsuelo, dictados de su propia vida.

Ramón no cejaba. Si pensaba que tenía que oír las lecciones de Duns Escoto, se lanzaba al camino y en París, en la Sorbona, se quedaba a la puerta para poder escucharlo. Si pensaba que tenía que explicarle al Papa Bonifacio VIII algunas utilidades de la fe, a pesar de sus enojos y afanes, ahí donde se trasladaba la corte, ahí se dirigía él. Si oía las nuevas de que el gran tártaro, Ghazan, había conquistado el reino de Siria, se embarcaba hacia Chipre y discutía que las nuevas eran falsas. Predicaba y gritaba en las plazas de Oriente y a veces lo mandaban matar y, a veces, envenenar. Y él escapaba. Milagrosamente.

Para regresar a escribir. El peligro, la negación, la inutilidad no los resentía. Pareciera que cobrara nuevas fuerzas.

Siempre contaba con el refugio de su isla, de Mallorca, y de su montaña, de Randa.

Es por eso que digo, maestro de la barba florida, que estabas tocado por el aliento divino de la locura. ¿Cómo si no entenderte?

En lo alto de Randa acogiendo las voces, ordenando las profecías, con el cabello al aire, el hábito mecido, las manos elevadas al cielo, los ojos entrecerrados,

Si te diriges al cielo, no es a Dios a quien buscas. Es al hombre empeñado en buscarlo. Tú sabes que los demás no se preocupan. Pero tú eliges la definición. ¿Qué es el hombre?, preguntas. Es ser unido de alma y cuerpo, respondes, en el cual hay vegetación, sensualidad, imaginación, razón y movimiento.

Por la vegetación es el hombre compuesto de los cuatro elementos, aire, fuego, agua, tierra. Abarca el espacio en longitud, profundidad y amplitud. Tiene inclinación y apetito, deseo y rechazo, atracción y repulsa, imán y hierro, imán y piedra.

Por la sensualidad el hombre ve, oye, huele, gusta y siente. Ve lo aparente, formas y colores y resguardos. Oye sonidos, ruidos, música y cantos, voz y palabras. Huele flor, ámbar, almizcle, incienso y hedor. Gusta lo dulce, lo amargo, lo agrio, lo picante y lo especioso. Siente por toda la piel que lo envuelve. desde lo caliente y lo frío hasta lo blando y lo duro, desde lo suave y lo áspero hasta lo grave y lo leve.

Por la imaginación el hombre siembra la memoria o inventa lo desconocido. Va más allá de lo que le muestran los sentidos y reniega de lo representado. Se le quiebra la cáscara por ir hacia la esencia y de la na-

da deriva la imagen del mundo.

Por la razón el hombre divide el alma en memoria, entendimiento y voluntad. Crea las tablas concéntricas del saber, permitiendo la movilidad de los conceptos, de tal modo que, al moverse la figura central, cada uno de los círculos va variando la combinación de letras y obteniendo nuevos conceptos.

Por el movimiento el hombre deriva su sentido de presencia y de espacio y de tiempo. Mide el aquí y el ahora por su traslación. Mueve la potencia de la virtud rotando sus extremos, del bien al mal, de lo infimo a lo supremo, de lo lato a lo estricto.

Y, sin embargo, aún así no has respondido nada.

Sigues, Ramón, en lo alto de Randa, interrogando al hombre, que no a dios. Con los cuatro elementos, con los cinco sentidos, con la imaginación, con la razón y con el movimiento.

Cuando descendas iniciarás el otro peregrinar: tocado del hálito divino de la locura.

Sin respuesta.

Así sea.

La vida (a)leve

CLON

Clon es el hijo nacido por reproducción asexual. También la familia o población así formada. Todos los clones de un clon son idénticos al original del cual descienden y al cual reproducen (aunque puede haber mutaciones). La clonación microorgánica se llama mitosis, la de plantas y animales se llama partenogénesis o reproducción vegetativa.

La reproducción de plantas por hijos o retoños (en vez de semillas) se conoce desde hace milenios. Lo reciente ha sido reproducir una planta (y hasta una rama) a partir de una sola célula. Esto dio origen al tecnicismo *clone* (del griego *clon*, retoño) en inglés, francés, italiano. La *science fiction* lo difundió en *The children of Brazil* (sobre supuestos clones de Hitler) y otras fantasías. El uso se extendió a las computadoras baratas que pueden operar con los programas desarrollados para modelos de mucha aceptación.

En 1984, el *Diccionario* de la Academia registra *clon* por primera vez: "Estirpe celular o serie de individuos pluricelulares nacidos de ésta, absolutamente homogéneos desde el punto de vista de su estructura genética; equivale a estirpe o raza pura." Sería mejor: "Hijo nacido por reproducción asexual (mitosis o partenogénesis). Familia o población así formada. Por extensión: computadora diseñada para imitar la operación de otra más prestigiada."

En 1929, José María González de Mendoza usó la palabra *clon* en el artículo "Hora y veinte con Carlos Pellicer". En el contexto, parece decir que los seudónimos de un escritor son sus clones: "...me dio un abrazo y me dijo: —¡Mucho gusto, Carlos Roel! (...) no soy Carlos Roel. Somos dos personas distintas y un solo poeta verdadero (...) Carlos Roel y yo nos parecemos mucho... al clon Enhart." Pero cabe la duda: *clon* se ha usado para castellanizar *clown*, y tal vez hubo entonces un payaso muy conocido, al cual se refería.

G.Z.